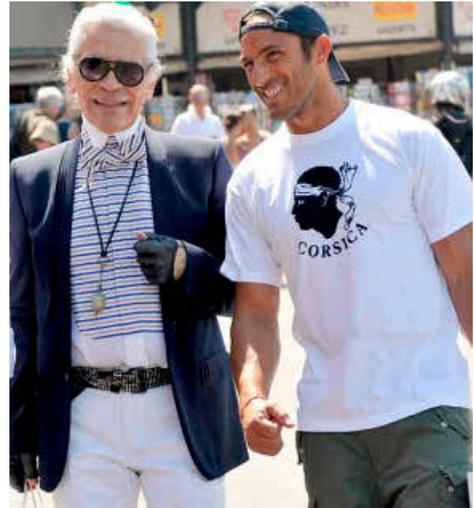


# El guardián de Karl

Durante los últimos 20 años de la vida de Karl Lagerfeld, una figura anónima se convirtió en su sombra. Se trataba de un joven nacido en los suburbios de París, forofó del boxeo, llamado SÉBASTIEN JONDEAU. En pocos años, pasó de ser su transportista ocasional, al verdadero hombre de confianza del modisto. Desde organizar sus vacaciones privadas, cenar con él cada Nochebuena o ejercer de mensajero personal de su correspondencia manuscrita por todo París, hasta finalmente, acompañarle en sus últimas horas. Jondeau relata hoy a TELVA y cuenta en el revelador libro *Ça va, cher Karl?*, la complicidad que mantuvo con su jefe, su amigo y su mentor: “El padre que no tuve”, confiesa. Pero también sus extravagancias, disciplina, sentido del humor y la cercanía que siempre mostró con sus amigos más fieles.



Karl Lagerfeld y Sébastien Jondeau en Saint Tropez, (2010).

—Vis Molina.

U

na calurosa mañana de julio de 1990 Sébastien Jondeau, con sus 15 años recién cumplidos, entra en el patio adoquinado de un *hotel particulier* del siglo XVIII en la zona más noble de la Rive Gauche. Un tal *monsieur* Lagerfeld ha contratado por primera vez el servicio de mudanzas de

CST, la compañía de transportes (especializada en traslados de obras de arte y material radiológico) del padrastro de Sébastien. Unos cuantos jóvenes con el uniforme de CST son recibidos por Clément, el mayordomo de *monsieur* Lagerfeld. Les hace pasar al imponente *hall* del primer piso del palacio, y les pide que esperen. Tres horas más tarde, una figura enigmática y de aire extravagante hace su entrada en el *hall*. Lleva unas gafas de sol y una melena gris recogida en una coleta. Su aspecto impone, pero él se acerca sonriente y pide disculpas con sencillez por su tardanza. Saluda con un apretón de manos a cada joven y se detiene ante Sébastien: “¿No eres muy niño para trabajar?”, le pregunta curioso. “Estoy de vacaciones escolares y aprovecho para ganar algo de dinero”, responde Sébastien. *Monsieur* dirige personalmente el traslado de muebles y obras de arte de un salón a otro. Media hora más tarde el trabajo está concluido y les entrega una propina de 500 francos a cada miembro del equipo CST. Así empieza el libro *Ça va, cher Karl?*, (Ed. Flammarion) que Sébastien Jondeau, durante 20 años hombre de confianza, asistente personal, jefe de seguridad, amigo íntimo, modelo en exclusiva, enfermero, secretario y paño de lágrimas de Karl Lagerfeld, ha escrito tras la muerte del diseñador, con ayuda de la periodista Virginie Mouzat.



Esa fue la primera vez en que el joven rebelde, pésimo estudiante, forofó del boxeo, de los amigos y de las motos, vio al que se convertiría en su jefe, su mentor, el padre que no tuvo y su Pigmalión. Ocho años después de ese fugaz encuentro fue el propio Sébastien (por entonces ya miembro fijo del *staff* de CST, una empresa a la que Lagerfeld recurría cada dos por tres), quien le propuso al diseñador entrar a trabajar para él. Y el *Káiser* le pidió un mes para pensárselo y finalmente accedió. “A los 23 años mi vida cambió de modo radical, –afirma hoy Sébastien durante nuestra entrevista telefónica–. No fue fácil, pasé de trabajar en una empresa de transporte a estar en exclusiva al servicio de KL, lo que me abrió muchas puertas. Entré a formar parte de una sociedad desconocida para mí y dejé de tener mi propia vida, porque pasaba todo el tiempo con Karl, viajando de acá para allá, hasta las vacaciones las pasá-

bamos juntos”. Y eso es algo que la madre de su padrastro, una mujer que tenía visiones premonitorias, había vaticinado cuando Sébastien era todavía un adolescente. “Veo a tu hijo vestido con uniforme de capitán y viajando sin parar”, le comentó a la madre de Sébastien durante una reunión familiar.

Empieza para el joven una vida llena de lujos, aunque también un trabajo intenso y exigente. “El mundo de la moda tiene la etiqueta de superficial –afirma Jondeau– pero no lo es tanto. Está lleno de gente que trabaja mucho, y además en él hay personas muy valiosas, no todo es gente frívola”. Desde ese momento la vida de Sébastien estará íntimamente ligada a la del *Káiser* de la moda, aunque nunca fueron amantes. “Siempre fui muy claro en ese sentido (afirma Jondeau escuetamente). Soy heterosexual y Karl siempre lo supo”. “Recuerdo lo desconcertado que estaba yo al principio”, cuenta en el libro.

“PASÉ LAS DOS PRIMERAS SEMANAS DE MI NUEVO TRABAJO CONDUCIENDO POR PARÍS EL TOYOTA RAV 4 QUE KARL ACABABA DE COMPRARSE, UNO DE LOS PRIMEROS 4 X 4 URBANOS QUE SE VIERON EN LA CIUDAD. ÉL TENÍA LA COSTUMBRE DE ESCRIBIR CARTAS CONTINUAMENTE. ESCRIBÍA A SUS AMIGOS, A SUS CONTACTOS PROFESIONALES, A SUS COMPROMISOS... Y YO IBA POR AHÍ REPARTIÉNDOLAS”.

“Luego ya me fui introduciendo en mis tareas. Lo primero fue organizar el estudio que Karl acababa de instalar en el número 7 de la rue de Lille, al que llamó Studio 7L. Allí trasladó su laboratorio fotográfico y empezó a fotografiar sus campañas para Chanel. El primer día que estaba trabajando, oí unos golpes atronadores en la puerta de madera que daba a la calle. Fui a ver qué pasaba y me llevé una sorpresa: el que aporreaba la puerta era Gérard Dépardieu, impaciente por entrar. Ese día fui consciente de cómo iba a ser mi vida a partir de entonces”. Y así fue. El jet privado (un Falcon 900 que habitualmente alquilan al empresario Michel Reybier) pasa a convertirse en el transporte habitual de Sébastien. En él viajan a Roma dos o tres veces al mes, para trabajar en Fendi; o se desplazan a Biarritz para pasar las vacaciones en la Villa Elhorria, o para fotografiar campañas; o asisten a los desfiles en Milán o Nueva York, donde Sébastien tendrá un segundo hogar en la habitación 209 del Hotel Mercer, que ocupará durante veinte años. O viajan a Mónaco para visitar a la princesa Carolina o para asistir a la boda del príncipe Alberto con Charlene Wittstock. “Una boda principesca es un evento absolutamente formal”, me hace saber Sébastien. “Todo está muy regulado: el vestuario que hay que llevar, el protocolo a seguir, el lugar que hay que ocupar en la iglesia, el horario de llegada, el turno para las fotos, el momento de felicitar a los novios... pero, al margen de todo eso, se trata de una boda como las demás, con sus ratos de emoción, de diversión

y de intimidad. La relación de Karl con la familia de Mónaco siempre fue muy próxima. Carolina era una amiga muy querida para él. ¿Qué cómo es Carolina en las distancias cortas? “Completamente normal y relajada”, responde Jondeau. “Nada distante ni protocolaria. Es muy bromista y muy conversadora. Karl y ella pasaban horas charlando, les gustaba mucho estar juntos”.

La rutina en la vida de KL y en la de Sébastien es inexistente, pero ese torbellino de actividad tiene su centro neurálgico entre el Studio 7L y la elegante mansión de Karl, en el 51 de la Rue de l'Université. Y resulta que ese *hôtel particulier* que tanto impresionó a Sébastien en su primer encuentro con el diseñador es propiedad de Philippe Pozzo di Borgo, un acaudalado aristócrata de origen corso, director de Champagne Pommery y tetrapléjico desde 1993, a causa de un fatídico accidente en parapente. Esa terrible experiencia nos emocionó a todos cuando la vimos reflejada en la que ha sido uno de los grandes éxitos cinematográficos de los últimos años, *Intouchables*, dirigida por Eric Toledano. Pues bien, Karl tuvo alquilado el primer piso (unos 400 metros cuadrados) de ese palacio durante más de veinte años y Philippe vivía en otro de los pisos, así es que “me cruzaba con Philippe y Abdel Sellou, su cuidador magrebí, varias veces por semana”, cuenta Sébastien.



“La casa de Karl parecía una nave espacial. Al principio la tenía amueblada al estilo siglo XVIII francés, con valiosas antigüedades de esa época. luego cambió radicalmente y se volcó en el diseño contemporáneo más futurista. Admiraba muchísimo la obra de Zaha Hadid, y ella le decoró toda la casa, haciéndole muebles a medida”

“Karl no era muy aficionado a recibir en París, pero en Biarritz sí solía tener invitados durante las vacaciones”, continúa Jondeau. “Recuerdo que cada año venía a la Villa Elhorria su amiga la baronesa Amanda Harlech (también consultora creativa del diseñador). Era una delicia convivir con ella. La casa de Biarritz era completamente distinta a la de París, era una villa clásica de principios del XIX y estaba decorada por el diseñador de interiores y arquitecto francés Christian Liaigre, en un estilo cálido y confortable. También venían a pasar unos días en verano los tres hijos mayores de Carolina de Monaco con sus amigos. Y Françoise Dumas y Vincent Darré eran otros de los habituales. Karl se movía por la zona en un Hummer H1 (conducido por su chófer) que se hizo pintar en exclusiva en color *rojo vasco*. Luego se cansó de Biarritz y a partir de 2005 ya empezamos a ir de vacaciones a Ramatuelle, junto a Saint Tropez”, concluye.

Como todo el mundo sabe, uno de los “seres” más importantes en el universo sentimental de Karl era su gata Choupette, un magnífico ejemplar de raza Sagrado de Birmania. Era tal la devoción de Karl por su mascota que hasta le procuró una niñera, la fiel Françoise, que todavía ejerce como tal. Y uno de los pasatiempos favoritos del modisto era hacerle fotos. Karl Lagerfeld fue un fantástico fotógrafo, pero además tenía la obsesión de retratar obsesivamente su cotidianidad, primero con una pequeña cámara Sony o con una Polaroid, y después con su Smartphone. Quizás eso obedezca al deseo de controlar y retener para siempre en la memoria los instantes vividos. No hay que olvidar que Karl era alemán y tenía rasgos muy germánicos en su personalidad. “Era una persona híper organizada, –continúa Sébastien– tanto en el trabajo como en la vida privada. Era muy respetuoso en el trato con los demás, ordenado y pulero hasta límites insospechados”.

**“SU ARMARIO PARECÍA UNA DE LAS TIENDAS DE LUJO DE AVENUE MONTAIGNE. ERA INMENSO Y LO TENÍA TODO PERFECTAMENTE ORDENADO POR SECCIONES, CON LAS PRENDAS IMPECABLEMENTE PLANCHADAS. EN UN LADO ESTABAN LAS CHAQUETAS, DE LAS QUE SUS FAVORITAS ERAN LAS DISEÑADAS POR HEDI SLIMANE; EN OTRO LOS JEANS, EN OTRO CENTENARES DE CAMISAS BLANCAS SIEMPRE DE HILDITCH & KEY, EN OTRO SUS CARACTERÍSTICOS CUELLOS DUROS DE CAMISAS; EN OTRO SUS GUANTES”...**

“Era muy escrupuloso y empezó a usarlos para no mancharse las manos, luego ya formaron parte de su *look* y jamás salía de casa sin ellos. Otro de los rasgos de su personalidad germánica era su enorme autodisciplina. Eso fue lo que le ayudó a perder peso. Fue a un dietista que le hizo perder casi 50 kilos en un año y medio. Luego hizo un mantenimiento muy estricto y ya no volvió a tomar postres ni a beber alcohol jamás”.

Una personalidad excéntrica, la de Lagerfeld, dibujada por manías tan curiosas como la de preparar personalmente su voluminoso equipaje (podían llegar a ser hasta 25 maletas con libros, ropa y complementos) siempre de madrugada, entre las 4 y las 5. Y cuando lo daba por acabado lo dejaba frente a la puerta de su dormitorio para que el servicio se ocupara. O su proverbial sentido del humor, que chocaba con su semblante hermético. “Hasta en sus últimos días hizo gala de su ironía –cuenta Sébastien en el libro. Se reía de estar casi desnudo, en una habitación de hospital, él que adoraba el lujo y había llegado a tener tres Rolls Royce en el garaje”.

También Virginie Mouzat, autora del libro y periodista de moda durante más de 30 años, llegó a conocer muy bien a Karl y, como muchos otros, reconoce la fascinación que

*“Karl tenía manías tan curiosas como la de preparar personalmente su voluminoso equipaje (podían llegar a ser hasta 25 maletas con libros, ropa y complementos) siempre entre las 4 y las 5 de la madrugada. Cuando lo acababa, lo dejaba frente a la puerta de su dormitorio para que el servicio se ocupara”*

ejercía el diseñador en su entorno. “Destilaba un magnetismo impresionante”, reconoce Mouzat durante nuestra entrevista telefónica. “Entraba en una habitación y el espacio se llenaba. Además, era muy consciente de ello y manejaba muy bien ese poder de fascinación que ejercía sobre los demás. Era un gran egocéntrico. Tenía una personalidad contradictoria: por un lado muy germánico en el terreno profesional: autoexigente, riguroso, incansable, un trabajador nato. Y, por otro, en su faceta más privada mostraba rasgos muy vitales, porque era alegre y comunicativo. Recuerdo por ejemplo cuando fuimos a Cuba, con motivo del desfile de Chanel Crucero 2017. Disfruté enormemente y, al acabar, se arrancó a bailar ritmos cubanos. Su sentido del humor era genial. Recuerdo un día que me invitó a comer a su casa, los dos solos. Después de los cafés le pedí que me enseñara toda la casa, que era magnífica. Muy futurista y radical, lo que chocaba con la arquitectura clásica del inmueble”.

**“NOS PARAMOS ANTE UNA PUERTA CERRADA Y ME DIJO QUE NUNCA ENSEÑABA ESA ESTANCIA, PERO IBA A HACER UNA EXCEPCIÓN CONMIGO: ME QUEDÉ ASOMBRADA, PORQUE ERA UN DORMITORIO DEDICADO POR ENTERO AL SIGLO XVIII FRANCÉS. NO TENÍA NADA QUÉ VER CON EL RESTO DE LA CASA. LO MIRÉ ESTUPEFACTA Y ME DIJO MUY SERIO QUE SE TRATABA DE UNA RÉPLICA DE SU DORMITORIO INFANTIL EN LA CASA FAMILIAR DE HAMBURGO. Y ACTO SEGUIDO CERRÓ LA PUERTA DEL DORMITORIO Y SOLTÓ UNA GRAN CARCAJADA”.** (V. Mouzat)

Según Mouzat, una de las cosas más reveladoras que ha descubierto mientras escribía este libro es la profunda complicidad que existió entre Sébastien y Karl. “No fue sólo una relación profesional –añade–, sino que iba mucho más allá, les unían lazos muy fuertes, casi familiares y de una lealtad inquebrantable. Karl tenía una confianza total y absoluta en Sébastien. Es verdad que el diseñador tuvo muy buenos amigos, como Anna Wintour, Carolina de Mónaco, Hedi Slimane, Silvia Fendi, la periodista Ingrid Sischy o su pareja Sandra Brant, pero la relación que tuvo con Sébastien estaba por encima

de todo. Durante 20 años pasaron la Nochebuena los dos solos, cenando en casa de Karl. Y cuando se puso enfermo Sébastien lo cuidó como a un padre”.

Los primeros signos de la grave enfermedad de Lagerfeld aparecieron, tal y como se cuenta en el libro Jondeau, en junio de 2015. “Estábamos en Ramatuelle, donde desde 2005 pasábamos las vacaciones. Noté a Karl un poco hinchado, pero como era extremadamente pudoroso nunca lo veía ni en ropa interior ni en traje de baño. Y un día me comentó que tenía muchas molestias al orinar. Le organicé varias visitas médicas con los mejores urólogos de París y durante varios años su estado de salud fue bueno. Los tratamientos eran eficaces y Karl podía llevar una vida absolutamente normal. Nadie sabía de su enfermedad, excepto yo. Lo interpreté como un mensaje de mi karma: no has cuidado ni a tu madre ni a tu padre durante su enfermedad, ahora cuidarás a Karl!”.



En noviembre de 2018 el estado de salud de Lagerfeld se resiente y los tratamientos dejan de ser efectivos. En enero de 2019 su ánimo empieza a decaer, trabaja en los preparativos del desfile de Chanel en el Grand Palais hasta el último minuto, pero su declive físico le impide asistir aunque, para sorpresa de muchos, al día siguiente aparecerá en chez Chanel para continuar con su trabajo.

Los rumores se disparan, aunque son poquísimas las personas que saben que está sometándose a varios tratamientos médicos, y sólo Sébastien se quedará a dormir con él en el Hospital Americano de Neuilly-sur-Seine, ocupando una de las habitaciones de la suite del *káiser*, frente a la que un guarda de seguridad permanece en pie día y noche. El 18 de febrero, desde la cama y a través de Sébastien, dicta mensajes en una voz apenas audible a su equipo de Fendi en Roma, acerca del desfile que tendrá lugar en Milán días más tarde, mientras Françoise, la cuidadora de Choupette, y el propio Sébastien consiguen camuflar a la mascota de Karl para que entre en la habitación del hospital. Y al día siguiente, con Sébastien sosteniendo su mano, Lagerfeld respirará por última vez. Sólo una personalidad excéntrica y carismática como la suya podía haber elegido para morir una fecha tan sumamente ordenada, de una precisión germánica: 19-02-2019. **T**



**Sébastien Jondeau.**  
*Ça va, cher Karl?'*  
(Ed. Flammarion)